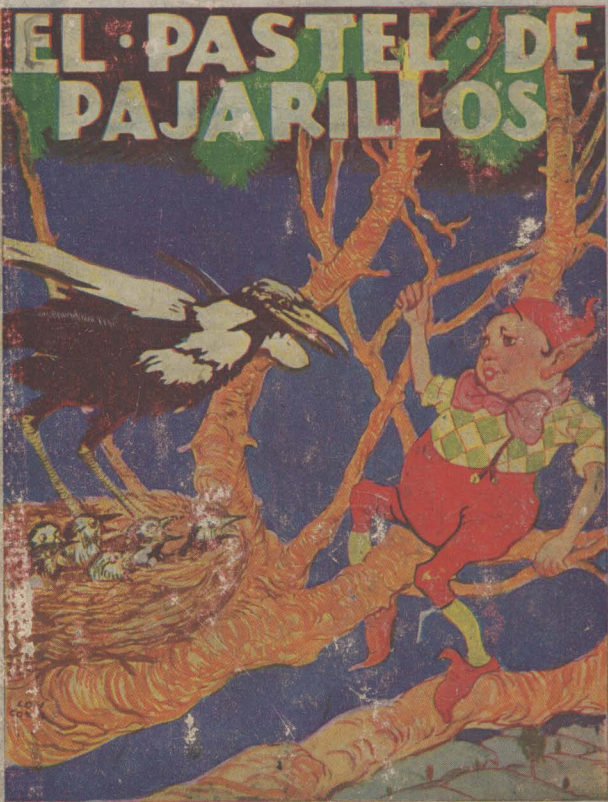


COLECCIÓN MARUJITA



CUENTOS COMPLETOS

EDITORIAL
MOLINO

PASTEL DE JARILLOS





el de

pajarillos

118 X 162

BIBLIOTECA NACIONAL
PRINTED IN ARGENTINA
DE MAESTROS

EL PASTEL DE PAJARILLOS



Había una vez un geniecillo muy gordo, llamado Redondo. Y estaba gordo a causa de su gula. Lo que más le gustaba en el mundo era un buen pastel de carne, de cualquier clase que fuese.

Sus amigos habrían deseado que no fuese tan tragón, pues temían que un día reventase, pero Redondo no hacía el menor caso de sus amigos, sino que seguía comiendo cuanto podía.

Era capaz de hacer un largo recorrido a cambio de comer luego un pastel de carne. Y cuando se enteró de que la tía Lerda había hecho tres hermosos pasteles, resolvió ir a su casa para ver si lograba comerse uno. La tía Lerda vivía en lo alto de la Colina de los Árboles, y estaba situada a muchos kilómetros de distancia, pero eso le importaba muy poco a Redondo, quien echó a andar hasta que se vió frente a la casita de la buena mujer.

Cuando llegó, los pasteles ya habían sido comidos, a excepción de un pedacito que aún quedaba en la des-

piensa. Pero Redondo, cuando lo supo, pidió que le diesen aquel resto, se lo comió y dijo que bien valía la pena de haber hecho el viaje.

Un día Ponín, uno de sus amigos, se propuso divertirse a costa de Redondo. Paseaba en su compañía por el bosque y, de pronto, vió un pájaro muy grande. Era una urraca blanca y negra, que estaba posada en una rama de un árbol cercano.

—Redondo—dijo Ponín deteniéndose.—¿Quieres que te diga una cosa?

—¡Claro que sí!—contestó Redondo.—Especialmente si se trata de algo comestible, porque tengo mucho apetito.

—Eso no es nada extraordinario—observó Ponín.—Ahora bien, sabes que en ese árbol hay un pastel.

—¿Un pastel de carne?—preguntó Redondo.

—Un pastel de pajarillos.

—No lo veo—replicó Redondo.

—Pues sube a buscarlo—le contestó Ponín.

Redondo se dirigió al árbol y empezó a encaramarse por su tronco. Estaba demasiado gordo para hacerlo con agilidad, de manera que la empresa le pareció muy difícil. Mas no quiso desistir de ella, ante la esperanza de hallar el premio en forma de pastel de pajarillos.

Mientras subía iba mirando en todas direcciones y aun metía la mano en cuantas oquedades hallaba en el tronco, en busca del pastel, cuya sola idea le obligaba a relamerse los labios. Pero, por más que buscó en todas partes, no pudo hallar lo que deseaba.

Subió a mayor altura y la urraca lo miró extrañada, preguntándose qué haría por allí aquel gordo geniecillo. ¿Querría quitarle el nido?



—OYE—LE DIJO PONÍN.—EN ESE ÁRBOL HAY UN PASTEL

Empezó a graznar, mirándolo muy enojada, y Redondo la miró en extremo sorprendido.

—¿Qué pasa?—preguntó.—¿También buscas el pastel?

—¿Qué pastel?—preguntó la urraca enojada.—Aquí no hay ninguno y este árbol es mío.

—No digas tonterías—exclamó Redondo.—Dime dónde está el pastel.

—No sé una palabra de eso—le contestó la urraca.

—Pero estoy segura de que no se encuentra en mi árbol. Y ahora vete. ¿Para qué quieres un pastel?

—Pues, para comérmelo—le contestó Redondo.—Tengo mucha hambre.

—¿Cómo es ese pastel que andas buscando?—preguntó la urraca, diciéndose que también a ella le gustaría probarlo.

—Es un pastel de pajarillos—explicó Redondo—y me consta que está en este árbol.

Estas palabras ofendieron en gran manera al pájaro y, figurándose que eran una alusión contra él, exclamó airado:

—¿De manera que se trata, quizá de un pastel en el que figuraré yo? Pues ¡toma eso!—añadió, empezando a darle picotazos.

Redondo estuvo a punto de caerse al suelo a causa de la sorpresa. Se agarró con fuerza a la rama y trató de impedir que la urraca siguiera dándole picotazos, pero el pájaro estaba demasiado encolerizado para contenerse.

A fuerza de picotazos le quitó el sombrero, que se cayó al suelo, y aún le hizo dos agujeros en la chaqueta, otros tres en los calzones y, además, lo dejó descalzo.

—¡Basta! ¡Basta!—exclamó Redondo asustado.—Bajaré inmediatamente del árbol si no me picas más. Te prometo que bajaré y que nunca más volveré.

La urraca le dió aún otro picotazo para acabar de desahogar su cólera y luego dejó a Redondo en libertad de bajar. Éste, tenía tanta prisa, que casi se dejó caer y rebotó sobre la hierba.

—¡Dios mío!—exclamó.—Esta es la última vez que voy en busca de pasteles de carne.

Una vez en el suelo buscó y encontró sus zapatos y su sombrero. Luego examinó la chaqueta y vió que en ella



REDONDO SE QUITÓ LA CHAQUETA Y VIÓ QUE TENÍA DOS AGUJEROS

tenía dos agujeros. En los pantalones se puso una ancha hoja para disimular un roto muy grande que tenía en la parte posterior y luego miró en todas direcciones, en busca de su amigo Ponín. Pero éste había emprendido el regreso al pueblo, para dar cuenta a sus convecinos de la broma que le gastara.

Los habitantes del pueblo empezaron a acudir al lugar del suceso, y vieron al pobre Redondo, que avanzaba cojeando, con el traje casi destrozado y muy triste.

—¡Hola!—exclamó al ver a Ponín.—No he podido encontrar el pastel de que me hablaste, sino únicamente una urraca rabiosa, que estuvo a punto de destrozarme.

—¡Pobre Redondo!—replicó Ponín.—No me figuraba que te pasara algo tan grave.

—Claro, se enojó al figurarse que en el pastel de pajarillos había de figurar ella misma, y te aseguro que eso me va a servir de lección, porque nunca más volveré a comer un pastel de carne.

Redondo cumplió su palabra por espacio de dos días y, luego, siento mucho tener que decirlo, pero el caso es que se dedicó con mayor ahinco que nunca a su afición favorita. Sin embargo, en cuanto se le nombra un pastel de pajarillos se echa a temblar.

EL PERRITO DEL ARCA DE NOÉ

Al día siguiente era el santo del niño Guillermo y su tío Daniel se dispuso a llevarlo a la tienda de juguetes, para que eligiese lo que más le gustara.

—Me parece que no tienes ninguna Arca de Noé, Guillermo—dijo el tío Daniel.—Tal vez te compraré una. ¿No te gustaría?

Pero Guillermo no deseaba una Arca de Noé. Tenía ya una granja de juguetes con numerosos animales, de manera que no necesitaba más. Mejor le habría gustado otra cosa.

Pero no se atrevió a expresar su deseo y se limitó a decir:

—Sí, tío.

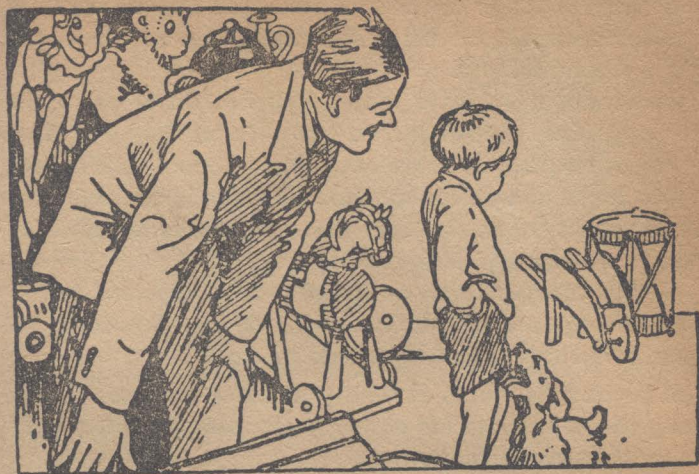
—Parece que no estás muy contento—observó el tío. —Me figuraba que te gustaban mucho los animales.

—¡Oh, sí!—contestó Guillermo. — Pero prefiero los animales vivos.

—Bueno, ya veremos lo que hay en la tienda de juguetes—dijo el tío Daniel.—Quizá te gustará más una locomotora.

Cuando llegaron a la tienda vieron en ella multitud de juguetes. Había allí globos, balones, pelotas, cometas, trenes, muñecas, fantoches y otros muchos. Y en el centro del establecimiento ¿qué os figuráis que había? Pues, sí, una Arca de Noé.

—¡Mira!—exclamó el tío Daniel acercándose a ella. —Precisamente es el Arca de Noé que quería comprarte, Guillermo. Mira los animales que tiene dentro.



GUILLERMO SINTIÓ UN LAMETÓN EN LA PIERNA

Ocupado estaba Guillermo en examinar los animales que había en el interior del Arca, cuando sintió un lametón en la pierna. Bajó la mirada y vió el perrito más redondo y más mono que os podríais imaginar. El animalito, al ver al niño, le pareció simpático, sin duda alguna, y se acercó a lamerle la pierna, con la esperanza de que Guillermo le hiciese una caricia.

—¡Oh, qué perrito tan mono!—exclamó Guillermo levantándolo y acariciándolo.—¡Cuánto me gustaría que me lo regalases mañana, por ser mi santo!

—Está en venta—dijo la tendera.—Cuesta veinte pesetas, o sea lo mismo que el Arca de Noé.

Guillermo miró a su tío, esperando que acabaría comprándole el perrito en vez del Arca de Noé, pero no hizo tal cosa, pues estaba empeñado en comprar el Arca.

La pagó y luego dió instrucciones de que la llevasen aquella tarde a casa del niño, puesto que su santo era al día siguiente.

Guillermo, muy triste, dejó el perrito en el suelo. Le habría gustado más el perrito que el Arca. Ésta era, desde luego, muy bonita, pero el perrito estaba vivo y habría podido jugar con él. En cambio, ninguno de los animales del Arca era capaz de jugar sino que permanecerían inmóviles mientras jugase con ellos.

—¡Querido perrito!—murmuró.—Más quisiera tenerte como regalo el día de mi santo en vez del Arca. Te querría mucho y jugaríamos todo el día.

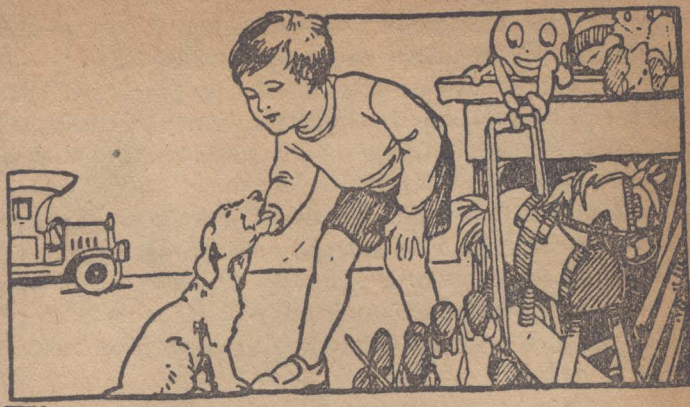
El perro saltó hacia el niño y lo lamió cariñosamente. Con gusto se hubiese ido con él, pues, precisamente, quería un amo como Guillermo.

El tío y el sobrino se despidieron de la tendera y se marcharon a su casa. El perrito dirigió una mirada de tristeza al niño.

—Bueno—le dijo la tendera—, es una lástima que ese niño no se te haya llevado. Me han mandado que les envíe esta Arca y no a ti, pero me habría gustado más lo contrario, porque bien he podido ver que él te habría preferido.

El perrito escuchaba meneando la cola y de pronto, se le ocurrió una idea maravillosa. Fué a un rincón y se sentó a reflexionar. Y cuanto más pensaba en ello, más le gustaba la idea. Pero no podía ponerla en práctica hasta la tarde. Y, por lo tanto, trató de portarse bien y de tener paciencia.

A la hora de cerrar, la tendera se iba a merendar; luego tenía la costumbre de recoger los paquetes que era preciso mandar a su destino. El perro estaba ya enterado de eso, y, por consiguiente, esperó a que la buena mujer



—¡QUERIDO PERRITO!—DIJO—, MÁS QUISIERA TENERTE POR REGALO EL DÍA DE MI SANTO, EN VEZ DEL ARCA

cerrase el establecimiento y se fuera a la trastienda para merendar.

No adivinaríais nunca lo que hizo el perrito. Se acercó al Arca de Noé y con el hocico levantó la tapa. Luego, uno a uno, y con el mayor cuidado, para no estropearlos, sacó con la boca todos los animales de madera, dejándolos en un rincón de la tienda.

Por fin, el Arca quedó vacía y entonces el perro se metió dentro, hizo caer la tapa y esperó a que lo mandasen a casa de Guillermo.

¿Qué os parece eso?

En cuanto la tendera hubo terminado de merendar, volvió a la tienda y envolvió los juguetes que era preciso mandar a varias casas. Rodeó el Arca con un fuerte cordel y observó que pesaba mucho, pero no le llamó la atención.

El perrito estaba acurrucado dentro y casi no se atre-

vía a respirar. Luego oyó que llamaban a la puerta de la tienda. Era el repartidor de los paquetes.

—Ante todo lleve usted éste—dijo la tendera dándole el Arca de Noé.—Es para el niño Guillermo Martínez, que vive en el Robledal. Tenga mucho cuidado, porque es un Arca de Noé.

—Pesa bastante—observó aquel individuo.—La pondré en la carretilla y la entregaré en primer lugar.

Se alejó empujando la carretilla. El perro, en el interior del Arca, estaba excitadísimo. Por fin se veía en camino hacia la casa de Guillermo. ¿Qué diría el niño al abrir el Arca?

El paquete fué entregado en su casa y llevado, por fin, al comedor. El tío Daniel quitó el envoltorio pero no se molestó en mirar el interior del Arca. Dejó el juguete sobre una mesita y el perrito estuvo a punto de dar un ladrido de alegría al verse en casa del niño.

Cuando todo el mundo se hubo acostado, el perrito levantó la tapa del Arca y respiró a su gusto. Luego se dijo que sería conveniente salir para estirar las patas y así lo hizo. Y, al olfatear una silla, percibió el olor de Guillermo y meneó el rabo muy satisfecho.

Poco después se volvió a meter en el Arca y se durmió, para despertar a la mañana siguiente, cuando oyó a la criada que barría el suelo.

Empezó a temblar de alegría al oír a Guillermo que cantaba mientras se vestía.

—Hoy es mi santo—gritaba feliz y pensando en todos los regalos que, sin duda, le esperaban en la planta baja.

Por fin, ya vestido, bajó al comedor. Allí y sobre una mesita estaban todos los regalos. Me gustaría que los hubieseis visto. Había una enorme locomotora, una co-



EL PERRITO, CON LA BOCA, SACÓ A TODOS LOS
ANIMALES DEL ARCA

meta, dos libros de cuentos, un equipo de piel roja, tres bonitos pañuelos de colores y, además, el Arca de Noé.

Guillermo miró complacido todos sus regalos, pero, mientras tanto, el perrito no tuvo paciencia para aguardar a que el niño levantase la tapa del Arca. De pronto, la empujó con su hocico negro y asomó la cabeza, dando un ladrido de contento, que equivalía a su felicitación.

Debierais haber visto la cara de Guillermo. Se quedó tan asombrado, que no pudo pronunciar una sola palabra. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—¡Oh, un perrito de verdad para jugar!—exclamó al fin.—Es el regalo más bonito de todos.

Sus padres y su tío estaban tan sorprendidos como él. Ninguno de ellos se figuró que en el interior del Arca pudiese haber otra cosa que los animales de madera y no podían comprender cómo fué a parar allí el perrito.

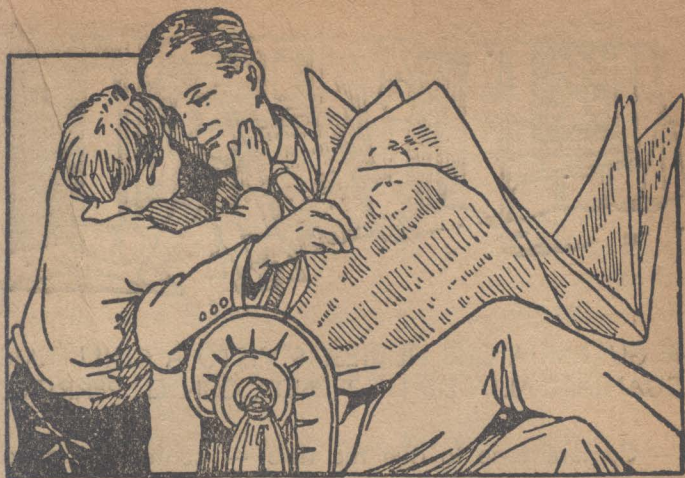
—¡Oh, tío Daniel!—exclamó el niño, dándole un beso.—Eres el tío más bueno de cuantos hay en el mundo. El Arca no me importa nada. Lo que más me gusta es el perrito. ¡Y yo que me figuré que me comprarías el Arca con los animales de madera! Te aseguro que me has engañado muy bien.

—Pues, mira, hijo—le contestó el tío Daniel.—Yo no lo comprendo, porque en realidad compré el Arca con los animales de madera. De modo que no sé cómo ha venido a parar aquí el perro.

—¿De modo que no me lo has comprado, tío?—preguntó el niño, palideciendo ante el temor de perder su querido perrito.—Pues, ¿cómo ha venido aquí? ¿Dónde están los animales de madera?

—Es un misterio—observó papá.—Después de desayunar iremos a la tienda de los juguetes, para averiguar lo que ha ocurrido. Y ahora ve a desayunar, Guillermo.

—No quiero comer nada, si, finalmente, he de de-



—¡OH, TIO! ERES MUY BUENO—DIJO GUILLERMO volver el perrito—contestó Guillermo, con los ojos llenos de lágrimas.—Es mío, sé que es mío. Mira cómo me lame.

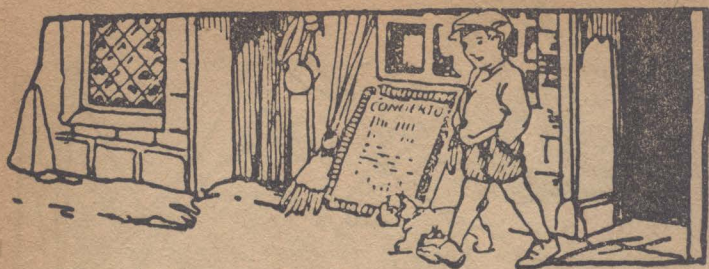
—Bueno, Guillermo, no llores el día de tu santo—le dijo su mamá.

—Mira, muchacho—exclamó el tío Daniel—puedes quedarte con el perro. Si yo hubiese sospechado que lo preferías al Arca, te lo habría comprado. Recuerda que no me lo dijiste. Pero ya que lo tienes, te lo compraré y devolveremos el Arca a la tienda.

—Y como cuesta lo mismo, tío, no tendrás que pagar nada más — observó Guillermo, muy alegre. — Ya eres mío, perrito.

El perro ladraba de alegría y daba saltos en torno de su amo.

—Ahora, Guillermo, ven a desayunar — dijo mamá, riéndose. — Si no se enfriará todo.



ME GUSTARÍA QUE HUBIESEIS VISTO A GUILLERMO CUANDO SALÍA DE LA TIENDA CON EL PERRITO

—Comeré todo lo que me deis — contestó el niño, sentándose.

Al perro le dieron un plato de pan y leche, del que no dejó nada en absoluto. Después de desayunar, el tío Daniel, acompañado de su sobrino, se dirigió a la tienda de los juguetes. Llevaban el arca y el perro seguía atado con un cordel.

—Buenos días—dijo la tendera al verlos.—¿De modo que tienen ustedes el perrito? Me figuré que se había extraviado. ¿Y no saben que hemos encontrado los animales de madera en un rincón de la tienda? No me explico cómo han ido a parar allí. Y lo siento mucho. Pero...

—Ahora ya sabemos cómo fué—dijo riéndose el tío Daniel.—Ese pillo habrá quitado los animales para meterse él en el arca.

—¿De veras?—exclamó extrañada la tendera.—Ya me figuraba que era un animal muy listo, pero no le creía capaz de tal cosa. Se ve que estaba empeñado en pertenecer a su sobrino.

El perrito contestó con unos cuantos ladridos de alegría.

—Puedo ofrecerles un collar rojo y una correíta—dijo la tendera.—Desde luego se lo regalaré, toda vez que es el santo de este niño. Y supongo que se quedan con el perro, puesto que me devuelven el arca.

—¡Oh, desde luego! — contestó Guillermo. — Prefiero el perrito. Y le doy muchísimas gracias por su regalo, señora.

La tendera le entregó entonces un hermoso collar y el perro, al sentirlo en su cuello, empezó a darse importancia. Y tanto él como su amito, salieron satisfechísimos de la tienda.

En adelante, ambos fueron los mejores amigos del mundo. ¿Y sabéis qué nombre le dió Guillermo? Pues el de Noé. ¿Qué os parece?

LA RANA SALTADORA

Había una rana verde y saltadora, que vivía en el armario de los juguetes. Tenía un muelle en su cuerpo, que le permitía saltar a grande altura y gracias a eso daba unos sustos tremendos a los demás juguetes. No lo hacía con mala intención, pero como no sabía andar ni correr, veíase precisada a saltar.

—Siento mucho haberos asustado—decía a los enojados juguetes.—Os ruego que os acostumbréis a mis saltos, porque no puedo hacer nada más.

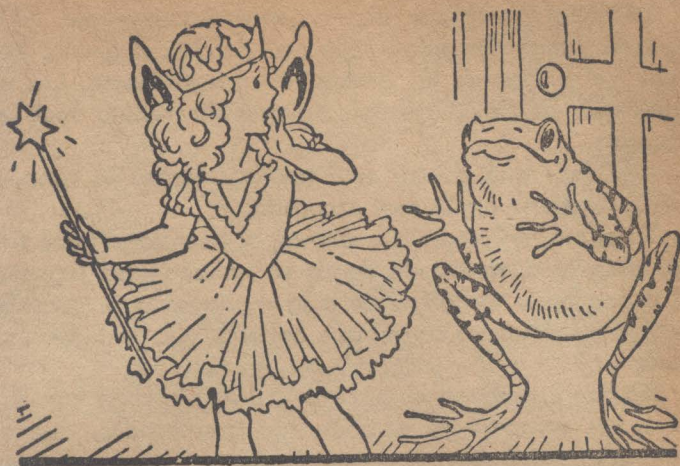
Los juguetes la creían tonta, porque la rana apenas hablaba. Así, por las noches, nunca le dejaban participar en sus juegos y la pobre rana se quedaba muy triste en un rincón, mientras sus compañeros se divertían de lo lindo.

El juguete más bonito del armario era la hermosa muñeca Cara de Rosa. Era muy bella; llevaba una coronita de plata en la cabeza y vestía un traje de gasa muy fina; además, poseía unas alitas muy brillantes, de color plateado, una varilla mágica, también de plata, y unos zapatitos de tisú. Todos la querían y principalmente la rana verde.

Pero la muñeca no le dirigía nunca una sola mirada. Una vez, la rana le dió un susto tremendo y la muñeca no lo olvidó jamás. Así, pues, la rana la miraba desde lejos y habría dado cualquier cosa a cambio de una sonrisa suya, pero en vano la esperaba.

Una noche, la luna brillaba en el exterior y el geniecillo que vivía dentro del manzano situado ante la ventana del cuarto de los juguetes, salió para llamarlos.

—Salid al jardín y bailaremos a la luz de la luna—



CARA DE ROSA NI SIQUIERA QUERÍA MIRARLA

dijo.—Hace una noche muy hermosa y nos divertiremos en grande.

Los juguetes aceptaron la invitación y por la ventana salieron al jardín. Una vez allí, empezaron a bailar a la luz de la luna. Cada uno tenía su pareja, a excepción de la rana, que se quedó aislada. Pero ella esperaba con la mayor paciencia, observando a los demás juguetes, aunque se consumía en el deseo de bailar también.

Era tal el ruido de las conversaciones y de las risas, que nadie se fijó en un sonido palpitante que se oía en el firmamento. Es decir, nadie se fijó, aparte de la rana verde, que lo oyó perfectamente y levantó la mirada. Entonces pudo ver un aeroplano de color plateado, tan grande como una corneja, que describía círculos por encima del césped.

Desde el aeroplano alguien miró hacia abajo, y la rana se atemorizó al ver que era Astuto, el gnomo que vivía en el País de los Brezos, a gran distancia. Era un individuo artero y traidor, cuyo trato rehuía todo el mundo.

—¡A ver qué querrá esta noche!—pensó la rana.—Sin duda tiene algún mal propósito.

Y así era, en efecto. De pronto, el aeroplano tomó tierra a corta distancia de donde se hallaban los juguetes y el geniecillo, dirigiéndose a la muñeca, la arrancó de los brazos del osito con el que bailaba, y se la llevó a su aeroplano.

La pobre muñeca empezó a gritar, pidiendo socorro, pero sus compañeros estaban tan asombrados, que se quedaron inmóviles. El atrevido geniecillo metió a su víctima en el aeroplano, subió a su vez y se elevó por el aire. Entonces los juguetes, recobrados ya de su pasmo, empezaron a gritar:

—¡Tú, criminal! Devuélvenos inmediatamente a la pobrecita muñeca. Si no lo haces, ten la seguridad de que acabarás en la cárcel.

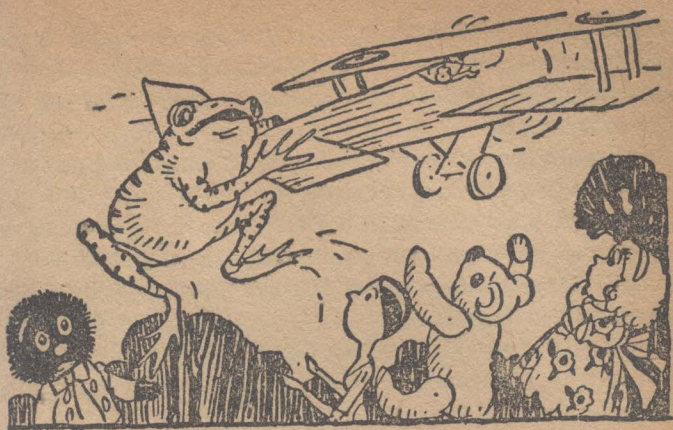
El gnomo se sentía muy seguro en el aire. Empezó a describir círculos con su aparato, por encima del lugar en que se hallaban los muñecos y desde lo alto empezó a burlarse de ellos.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Conque me encerraréis en la cárcel? Pues bien, venid a cogerme.

Y, con gran cólera de los juguetes, pasó casi rozando sus cabezas con el aparato. El osito, que era alto, intentó suspenderse del aeroplano, pero no pudo alcanzarlo. Estaba desesperado.

—¿Qué haremos?—preguntó a sus compañeros.—No podemos salvar a la pobre muñeca.

El geniecillo volvió a reírse y en aquel momento la



LA RANA SE AGARRÓ A LA COLA DEL APARATO

La rana verde comprendió que había llegado la ocasión favorable. Dió un salto enorme y con las patas anteriores pudo agarrarse a la cola del aeroplano. Una vez allí se subió al fuselaje, aunque el geniecillo no se había dado cuenta de lo que ocurría.

Los juguetes se quedaron asombradísimos, con las bocas abiertas, contemplando a la valerosa rana, que les hizo seña de que se callaran, porque tal vez así le sería más fácil rescatar a la muñeca.

El geniecillo continuó volando, deseoso de llegar aquella noche a su casa, para casarse a la mañana siguiente con su prisionera. Estaba persuadido de que sería muy agradable que tan hermosa criatura le preparara la comida y le remendara la ropa.

La rana se acurrucó junto a la cola del aparato. Tenía mucho frío, pero eso no le importaba ante la esperanza de poder hacer algo en favor de la linda muñeca.

Por fin, Astuto llegó a su casita. Hizo de modo que

su aeroplano aterrizara con la mayor suavidad, en un campo inmediato a su vivienda. Luego, saltó a tierra y se volvió a la muñeca, que tenía mucho frío y que estaba muy triste.

—Espera un momento, que voy a abrir la puerta —dijo. — Luego vendré a buscarte.

Se alejó, y en cuanto lo hubo hecho, la rana verde fué a situarse en el asiento inmediato al que ocupaba la muñeca. Ésta se disponía a dar un grito de miedo, pero la rana se lo impidió.

—¡Chitón! — le dijo. — Soy yo, la rana saltadora. ¿Crees que podremos regresar, volando, en este aeroplano?

—¡Oh, ranita, cuánto me alegro de verte!—dijo sollozando la pobre muñeca.—Mira, levanta esta palanca y el aeroplano emprenderá el vuelo.

La rana obedeció, pero no ocurrió cosa alguna. El geniecillo había parado el motor y, como se comprende, el aparato no se movió. La rana estaba desesperada. Ignoraba el modo de hacer volar el aparato y también estaba convencida de que aun en el caso de que lo consiguiera, ocurriría un accidente.

—Es inútil—dijo saltando al suelo.—No sé hacerlo volar. Ahora, muñequita, baja y monta en mí, y yo te llevaré lejos de aquí, saltando con toda mi fuerza. Tal vez así conseguiremos fugarnos.

—Antes quita la palanca del aeroplano—dijo la muñeca.—De este modo el gnomo no podría perseguirnos al vuelo.

—Buena idea—dijo la rana, apresurándose a quitar la palanca. Se la puso en la boca, temerosa de que el gnomo pudiese encontrarla y resolvió tirarla cuando estuviese a cierta distancia.

Mientras tanto la muñeca se subió a su lomo y se

agarró a ella lo mejor que pudo.

—Ahora no te asustes—dijo la rana.—Daré un salto muy grande, pero no has de tener miedo. Ya sabes que no puedo correr ni andar.

—No me asustaré—prometió la muñeca, agarrándose a ella.—Y puedo asegurarte que eres la ranita más bondadosa y más bonita que he visto en mi vida.

La rana se sintió penetrada de orgullo al oír estas palabras. Miró a su espalda para cerciorarse de que el gnomo estaba lejos, pero, en vez de ser así, vió que acudía corriendo, porque había visto a la muñeca cuando bajaba del aeroplano.

La rana no perdió tiempo. Empezó a saltar y, por momentos, se alejaba del gnomo, quien se había subido al aeroplano para perseguirlos.

Pero en cuanto echó de menos la palanca de puesta en marcha, se enojó mucho. Se encaminó a su garage y pocos momentos después la rana oyó el ruido de un motor.

—¡Pobre de mí!—pensó asustada.—Si me persigue con un automóvil, no podré escapar.

Siguió saltando con la mayor agilidad y fuerza, y la muñeca le daba ánimo. Tras ellos corría el automóvil del gnomo a una velocidad tremenda.

De repente oyeron un ruido espantoso y la rana se volvió para averiguar lo ocurrido. Sencillamente, el gnomo había estrellado su coche contra el tronco de un árbol. Él no recibió ningún daño, pero se puso en pie muy enojado. Mostró el puño a la rana y luego se dirigió a una casita que estaba cerca y llamó a la puerta.

Un duendecillo soñoliento abrió y le preguntó qué quería.

—Préstame tu bicicleta — rogó el gnomo. — Quiero perseguir a una malvada rana.

El duendecillo sacó la máquina y el gnomo montó.

Luego empezó a pedalear persiguiendo a la rana y a la muñeca.

—Ahora va montado en una bicicleta—gritó la muñeca a la rana.—Date prisa.

La rana saltaba con toda la rapidez posible, pero la muñeca pesaba mucho y empezó a temer que no eludiría la persecución.

De pronto, la rana llegó a un pueblo y en la calle principal vió a un policía, que tenía unas alitas de color rojo. Extendió la mano para detener la marcha de la rana, pero ésta dió un salto tremendo, pasó por encima del policía y llegó al extremo opuesto del pueblo antes de que el enojado agente de la circulación se diese cuenta de lo ocurrido. Luego oyó el timbre de bicicleta del gnomo y se volvió para detenerlo.

Pero el gnomo no quiso obedecer y, continuando la carrera, derribó al asombrado policía. Al mismo tiempo, él se vió despedido de la bicicleta y fué a parar a un estanque vecino, en tanto que la máquina se destrozaba al chocar contra una pared.

¡Cuánto se enojó el policía! Se puso en pie y, acercándose al gnomo, le dijo:

—Quedas detenido por no haberte parado cuando te lo mandé y por haberme derribado al suelo.

Pero el gnomo se le escapó y echó a correr, persiguiendo a la rana y a la muñeca. El policía le persiguió a su vez, por la calle del pueblo.

La rana había conseguido una buena delantera y continuaba saltando con el mayor vigor. La muñeca le dió cuenta de lo que había sucedido y cuando la rana se enteró de ello, se echó a reír de tal manera, que sintió un pinchazo en el costado y tuvo que detenerse.

—¡Oh, no te rías!—suplicó la muñeca.—La cosa no tiene nada de cómica. Continúa, querida rana.



DIÓ UN SALTO Y CONTINUÓ ALEJÁNDOSE



DANDO UN SALTO EXTRAORDINARIO, PASÓ POR ENCIMA DEL POLICIA

Ésta, más aliviada, siguió saltando, aunque a cierta distancia corrían el gnomo y el policía. Estaba segura de que era más rápida con sus saltos que el gnomo en su carrera, de modo que ya no sentía ninguna preocupación.

Durante un par de horas más siguió saltando y, al fin, llegó al lugar donde la noche anterior estuvieron bailando los juguetes. Éstos se habían metido de nuevo en la habitación, aunque estaban muy tristes por creer que ya no verían más a la muñeca y la rana.

Ésta saltó al antepecho de la ventana y entonces la muñeca se apeó. ¡Qué alegría tuvieron los juguetes al verlos! Tributaron numerosas alabanzas a la rana y le pidieron perdón por las cosas desagradables que le habían dicho. Y debierais haber visto la cara de la rana, cuando la muñeca le dió un abrazo y un beso. Tanto



EL GNOMO FRANQUEÓ LA VENTANA DE UN SALTO Y SE CAYÓ EN LA CAJA

fué su alegría, que empezó a saltar por la estancia.

De repente oyeron un grito en el exterior. Era el gnomo, que aun corría, perseguido por el policía. Y el gnomo estaba tan enojado, que se proponía penetrar en la habitación para castigar a la rana.

Entonces el osito tuvo una idea muy feliz. Puso una caja vacía bajo la ventana y esperó con la tapa levantada. El gnomo atravesó la ventana de un salto y en cuanto se cayó dentro de la caja, se cerró la tapa.

Cuando el policía llegó, a su vez, el oso lo saludó amablemente y le entregó la caja, después de atarla con un cordel.

—Aquí está su preso—dijo.—Haga el favor de llevárselo, porque arma mucho ruido.

El sorprendido policía dió las gracias al oso, saludó a los juguetes y salió por la ventana. Luego, todos se echaron a reír, en extremo alegres. Pero quien lo hizo con mejor gana, fué la rana saltadora.

¿DONDE ESTABA BEBE?

Bebé tenía casi dos años y ya sabía andar. Su hermanito Guillermo y su hermana Susana estaban muy orgullosos del pequeñuelo. Lo mismo le ocurría a mamá. Era un niño gordo, guapo, cariñoso y todos lo querían mucho.

Un día, cuando el sol brillaba alegremente en la cocina, mamá empezó a hacer unas tortas. Y Bebé la observó con la mayor atención. También se fijó en la luz del sol, que atravesaba la puerta, y entonces sintió el deseo de averiguar de dónde venía aquella luz tan bonita y tan brillante.

Se dirigió a la puerta y miró al exterior. Mamá estaba muy ocupada y no se fijó. Adelantó un pie y luego el otro, y, un momento después, estaba ya fuera de la cocina, para ir en busca de la luz del sol.

Unos minutos más tarde, mamá buscó con la mirada a Bebé, pero no lo vió. Miró debajo de la mesa y tampoco lo encontró.

—¡Dios mío!—exclamó mamá.—¿A dónde habrá ido?

Se dirigió a la puerta y miró al exterior, mas no pudo verlo por ninguna parte. Guillermo y Susana jugaban en el extremo del jardín y el perro Leal estaba metido en la perrera; en cuanto al gato se lavaba en lo alto de la cerca. ¿Dónde estaría Bebé?

—¡Guillermo! ¡Susana! — exclamó mamá. — ¿Está Bebé con vosotros?

—No — contestaron los niños. — No lo hemos visto. ¿No estaba en la cocina contigo, mamá?

—Sí—contestó ésta, preocupada.—Pero ha desapare-



BEBÉ ADELANTÓ UN PIE Y LUEGO EL OTRO

cido y no puedo encontrarlo. Además, ya es hora de que vaya a dormir un rato. ¿Dónde estará? Buscadlo por el jardín.

Los dos niños echaron a correr por el jardín, llamando a Bebé, pero el niño no les contestó. Era muy raro.

—¿No se habrá ido a la calle?—preguntó Guillermo.
—Es muy fácil abrir la puerta.

—¡Oh, id a verlo!—dijo mamá.—Espero que no habrá ocurrido eso.

Guillermo salió a la calle, pero tampoco pudo ver a su hermanito.

—No; no está allí, mamá—dijo al volver al lado de su madre.—Debe de estar escondido en el jardín. Sin embargo, no comprendo dónde, porque lo hemos buscado por todas partes.

—¿Has mirado en la carbonera?—preguntó Susana.

—Me acuerdo de que una vez, cuando era pequeña, me oculté allí.

Los dos niños se dirigieron a la carbonera; abrieron la puerta y vieron que dentro estaba todo muy oscuro. Llamaron a su hermanito, pero tampoco les contestó, de modo que cerraron la puerta ya alarmados.

—Esto es muy raro—dijo Guillermo.—No es posible que Bebé haya desaparecido de este modo.

—¿Y no se lo habrán llevado los duendecillos?—preguntó Susana.

—No seas tonta—contestó el niño.—Quizá se haya ido a casa de la vecina. Vamos a preguntárselo.

Fueron a llamar a la casa inmediata y abrió la señora, muy sorprendida al ver a los niños tan acalorados.

—¿Está aquí Bebé?—preguntó Susana.

—¡No, querida mía!—contestó la buena señora. —¿Se os ha perdido?

—¡Oh, sí!—repuso la niña, echándose a llorar.—¿Qué haremos? Hemos buscado por todas partes.

—¿Por qué no os hacéis ayudar por vuestro perro?—aconsejó aquella señora.—Él podría encontrar a vuestro hermanito, siguiendo su rastro.

—Es una buena idea—exclamó Guillermo.—Ve, Susana, vamos a llamar a Leal.

Volvieron a su casa y se apresuraron a llamar al perro. Éste, al oírlos, abrió un ojo y los miró.

—Ven, Leal, ven—gritó Guillermo.

Leal levantó la cabeza y bostezó. Guillermo empezó a enojarse.

—¡Leal!—gritó.—¿Quieres venir? ¡Ven acá! Vamos a buscar a Bebé.

El perro enderezó las orejas al oír tal nombre, pero no se movió, sino que continuó echado ante su perrera



PROFUNDAMENTE DORMIDO SOBRE LA PAJA CALIENTE DE LA PERRERA, ESTABA BEBÉ

y sin dejar de mirar a los dos niños. Éstos fueron hasta allá y lo cogieron por el collar.

—Pero, ¿no lo entiendes, Leal? — exclamó Susana. — Queremos que nos ayudes a buscar a Bebé, que se ha perdido.

Empezaron a tirar de él para obligarlo a que abandonase la perrera, pero entonces, y con gran sorpresa por su parte, el perro dió un gruñido.

—¡Leal! ¿Qué es esto?—exclamó Susana, asombrada.—Nunca nos habías gruñido antes. Eres muy malo Sal en seguida de ahí. ¡Mamá, mamá, ven a buscar a Leal! Nos ha gruñido.

Mamá llegó corriendo y más preocupada que nunca. Había buscado por toda la casa, sin poder encontrar a Bebé. Luego asió el collar de Leal, y cuando tiraba de él, miró, por casualidad, al interior de la perrera y dió un grito de sorpresa.

—¡Mirad, mirad ahí dentro!—dijo a sus hijos.

Los niños obedecieron y pudieron ver, muy dormidito en la caliente paja, a Bebé, que se había metido en la perrera de Leal. El niño quería mucho al perro, debió de ir a jugar con él y luego se quedó dormido en la perrera.

—Ahora se comprende por qué Leal no quería salir de aquí. Y también la razón de que os haya gruñido—observó mamá.—Estaba guardando a Bebé. Él comprendía que dentro de la perrera estaba seguro y no pudo adivinar la causa de nuestra agitación. ¡Qué bueno eres, Leal!

Mamá lo acarició, en tanto que el perro meneaba vigorosamente la cola. Luego ella levantó suavemente a Bebé y se lo llevó dormido a su cunita.

—¡Vaya susto que nos ha dado!—observó Susana.—Iremos a decírselo a la señora vecina. ¡Qué sorpresa tendrá cuando lo sepa!



Gran Novedad

CUENTOS

ILUSTRACION - SORPRESA

Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo.

Es el libro de cuentos convertido en juguete.



Títulos en existencia

**EL RATON MICKEY EN LA CORTE DEL REY ARTURO
LOS ENANOS DEL BOSQUE Y EL REY NEPTUNO**

Precio de cada volumen: \$ 6.—

**EL GALLITO DEL LUGAR
POPEYE Y LA BRUJA DE LOS SIETE MARES**

Precio de cada tomo: \$ 2.30

GOROSTIAGA 1650



BUENOS AIRES

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, contiene la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados en gran formato, impresos con caracteres notables, para lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

CUENTOS DE HADAS
JAPONESES

CUENTOS DE HADAS
INGLESES

En preparación:

CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM

Precio de cada tomo:
\$ 2.30

URGEL 1965
BARCELONA



GOROSTIAGA 1960
BUENOS AIRES

